

Versión revisada de un artículo originalmente publicado en la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Agosto 1989.

ORÍGENES HISTÓRICOS DEL CORPORATIVISMO ARGENTINO:  
EL ROL DE LA INMIGRACIÓN MASIVA<sup>1</sup>

Torcuato S. Di Tella  
Universidad de Buenos Aires

1992

La relativa debilidad del sistema de partidos políticos en la Argentina, y la fuerza de las formas corporativistas de acción y presión social es un fenómeno que merece especial atención, pues es uno de los factores de la aún débil consolidación del régimen democrático. Su etiología es sin duda compleja y múltiple, pero como contribución a su esclarecimiento me propongo, en este ensayo, analizar el impacto de la gran masa de extranjeros formada en la Argentina por la inmigración masiva. Para empezar, es preciso distinguir entre la condición de inmigrante y la de extranjero, que son cosas parecidas pero no iguales. La Argentina ocupa el primer puesto en el ranking mundial en cuanto a la proporción de extranjeros que albergó durante largas décadas de su formación como país moderno (aproximadamente entre 1880 y 1930). Dentro de los países de inmigración masiva, la Argentina se destaca, junto a Australia y Nueva Zelandia, por haber tenido un muy alto porcentaje de inmigrantes sobre su población total, aproximadamente un 25 a 30% en la época mencionada, contra un 15% para Estados Unidos o Canadá. Pero en Australia y Nueva Zelandia (y en Canadá) la casi totalidad de los inmigrantes, en esa época, eran británicos, o sea, no perdían ni cambiaban la ciudadanía al cruzar el océano, y no tenían que amalgamarse con una población inmigrante preexistente, de diverso carácter étnico. En los Estados Unidos sí eran extranjeros, como en la Argentina, y debían amalgamarse con los sectores nativos de más antigua inmigración, pero eran proporcionalmente muchos menos. Todos estos datos nadie los discute, aunque no siempre se distingue, en los análisis comparativos, entre la condición de inmigrante y la de extranjero. El inmigrante, aún transoceánico, en lugares como Australia, en que tanto el país de origen como el de llegada están bajo la misma bandera, se comporta casi como un migrante interno. No está en juego el complejo problema de la formación de una nueva nacionalidad, o al menos no en el mismo grado. Lo que ocurre, en todo caso, es la reproducción, en tierras nuevas, de un trozo de la antigua nación expulsora de gente, problema muy distinto del que le cupo en suerte protagonizar a la Argentina. Por otra parte, dentro de los extranjeros, hay que distinguir entre los que tomaban la ciudadanía y los que no lo hacían: en este rubro también la Argentina le "gana" a los Estados Unidos, porque entre nosotros sólo un 2 ó 3% se nacionalizaba, contra casi el 70% en el país del Norte, de manera que la diferencia ya importante entre un 30 y un 15% de nacidos en el exterior, se magnifica si se toman en cuenta sólo los que retenían su ciudadanía original.

Ahora bien, esta competencia entre los Estados Unidos y la Argentina por el primer puesto en cuanto a extranjería, termina de definirse si se considera no sólo el número sino también el status relativo de los inmigrantes en la sociedad receptora. Ocurre que los inmigrantes europeos en la Argentina ocupaban una posición relativamente alta en la pirámide social, a pesar de sus modestos orígenes: desde ya, tenían la aristocracia de la piel, y aunque muchos provinieran de zonas bastante atrasadas del Sur de Europa, traían un caudal de cultura campesina o artesanal, que les facilitaba saltar por encima de las clases populares nativas, y aún de los estratos medios del interior. En los Estados Unidos la situación era distinta, pues los inmigrantes del Sud o el Este europeos, o de Irlanda, tenían que aceptar una situación de clara marginación e inferioridad respecto de los primeros *settlers*, por motivos parecidos aunque simétricos a los que los colocaban

<sup>1</sup>. Una primera versión de este trabajo apareció en la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Agosto 1989.

en posición de superioridad en la Argentina. En cierto sentido, los italianos o polacos en Estados Unidos se sentían como los paraguayos o bolivianos en la Argentina de hoy: había una clase obrera nativa claramente "por encima" de ellos, por no hablar de la clase media, y aunque la movilidad era posible, había que adaptarse a las reglas de juego establecidas por la sociedad local. En la Argentina de comienzos de este siglo la clase dirigente política era la que establecía, claro está, las reglas de juego en última instancia, pero en la sociedad civil el peso y el status social de los extranjeros era tan significativo, que se puede decir que los que tenían problemas de adaptación eran los nativos tanto o más que los extranjeros. Resultó entonces que dos clases particularmente estratégicas en un proceso de desarrollo y modernización capitalista, la burguesía empresaria urbana, y la clase obrera, sobre todo la calificada, eran abrumadoramente extranjeras -- no sólo inmigrantes -- y retenían su ciudadanía original. Los argentinos se concentraban, en cambio, de arriba hacia abajo, entre los estancieros, los militares, los funcionarios públicos, la clase media tradicional, sobre todo del interior, y los sectores bajos de las clases trabajadoras. Por supuesto que con el tiempo los hijos de los extranjeros fueron dando un tinte argentino, ciudadano, a las posiciones que ellos ocupaban en el espacio económico creado por sus padres, pero a pesar de eso los censos están ahí para señalar el 60 ó 70% de extranjeros que había entre los empresarios y los obreros urbanos. Y claro está que los hijos adoptaban en gran parte las actitudes de los padres. Pero ¿cuáles eran estas actitudes? Es difícil reconstruirlas con exactitud, pero mi hipótesis es que en gran medida implicaban una actitud de superioridad respecto al país, de desprecio hacia sus tradiciones, su sistema político, y su antigua composición étnica. En esto me separo de muchos de mis colegas, que señalan más bien el fenómeno opuesto y simétrico, de desprecio por parte de la clase alta criolla, y de algunos intelectuales, hacia los recién venidos, para quienes no escaseaban los moteos, adoptados incluso por la población local de más modestos recursos. Es que en este espinoso y feo tema del orden del picotazo étnico, o de los mutuos desprecios humanos, los abismos a que se puede llegar son insondables, pero a ellos hay que asomarse porque son una parte de la realidad. Los desprecios de los unos no quitan los de los otros, pero cuando se hacen las sumas y restas finales, quedan dos hechos a mi juicio igualmente importantes, aunque de diverso grado de verificación:

(i) los extranjeros (no meramente inmigrantes) formaban, en la Argentina, y sobre todo en la burguesía y la clase obrera, un abultadísimo porcentaje del total, y gozaban de un status social muy alto por comparación al que tenían o tienen en otros países;

(ii) los extranjeros se sentían relativamente superiores al resto del país -- con la excepción de la clase alta estancieril -- y ése era uno de los motivos por los cuales no se tomaban el trabajo de adquirir la ciudadanía.

La segunda afirmación, claro está, es más cuestionable que la primera. Es conocido que una buena parte de la dirigencia política argentina no tenía muchos deseos de facilitar la nacionalización de los extranjeros, cuya preponderancia y eventual izquierdismo se temía. Se han hecho incluso estimaciones del número de horas que se hubieran necesitado simplemente para hacer los trámites. Pero este último argumento no es válido para las capas más altas de la burguesía, que sin embargo también preferían retener la protección de sus consulados antes que la muy dudosa de las leyes argentinas. Respecto a las clases populares, bien podría algún sector político haberse decidido, como en los Estados Unidos, a facilitarles los trámites, a cambio de una contrapartida electoral. ¿Porqué no existió tal sector político? Se ha buscado a veces la explicación en las actitudes de los dirigentes partidarios argentinos, tanto los conservadores como los radicales, que no visualizaban la necesidad de incorporar al extranjero.<sup>2</sup> Aunque esta hipótesis puede ser atractiva en estos tiempos de rebelión contra los determinismos simplistas de tipo estructural, me parece que ella da excesivo peso a las variables actitudinales. Porque grupos que querían incorporar a los inmigrantes había, entre ellos el Partido Socialista, cuya prédica, de todos modos, fue desoída. Es demasiado fácil y esquemático decir que el socialismo se vio trabado en su acción por el régimen oligárquico, porque tal cosa no ocurrió en Chile, no menos oligárquico que la Argentina. Simplemente, los extranjeros, en su mayoría, *no querían* tomar la ciudadanía. En realidad, hubiera sido un poco absurdo, dada su

---

<sup>2</sup> Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", *Desarrollo Económico*, vol.6, No. 24, enero-marzo 1967, pp. 641-691. Algunos casos hubo de verdaderos intermediarios políticos, que se dedicaban a reclutar extranjeros y conseguirles la ciudadanía, a cambio de su voto (que era fácil de comprobar, porque no era secreto). El más conocido era un italiano, Cayetano Ganghi, que trabajaba para Figueroa Alcorta. Ver Solberg, *Immigration and Nationalism*, p. 122.

posición en el espacio social, que quisieran hacerlo. Tan absurdo como que a un emigrante argentino de estos últimos tiempos, instalado en Venezuela para ganar más plata o por estar perseguido en su país, se le ocurriera la peregrina idea de adoptar la ciudadanía venezolana. Otra es la situación para ese no tan imaginario argentino cuando él se encuentra en un país que le impone más respeto, como los Estados Unidos o la Italia o España de hoy.

### **La participación política de los extranjeros**

Dada la situación descripta -- dejando de lado las hipótesis explicativas -- tenemos la siguiente cadena argumental:

(i) existía en la Argentina una gran masa de extranjeros, mucho mayor que en cualquier caso comparable, con mucho peso económico y social, y ellos no tomaron, salvo contadas excepciones, la ciudadanía;

(ii) al no poder votar la gran mayoría de los miembros de la burguesía y de la clase obrera, estas dos clases veían su influjo en las contiendas electorales y en la formación de partidos políticos seriamente reducida por comparación a lo que hubiera ocurrido en un país en que todo fuera igual excepto que los que eran extranjeros hubieran sido nativos (o por lo menos ciudadanizados);

(iii) por lo tanto, el desarrollo de un sistema institucional liberal moderno se vio seriamente afectado, pues él depende en buena medida de la acción de las dos clases sociales antes aludidas: la burguesía urbana y el proletariado calificado.

Una argumentación parecida ya había sido hecha por Sarmiento, quien ponía énfasis en la incongruencia entre el peso económico y social de los extranjeros, que formaban la mayoría del país productivo, y su escasa participación política, medida por su no nacionalización. Germani volvió a señalar este hecho, dando por sentado que los extranjeros no participaban mucho en la actividad política. ¿Pero era esto realmente así? Porque a lo mejor la adquisición de la ciudadanía, o el hecho de votar, son aspectos muy periféricos de eso que puede llamarse realmente participación política. Tanto o más importante que el voto -- siguen diciendo los críticos de la hipótesis germaniana -- puede ser la actividad asociativa profesional o cultural, la protesta, la huelga, el enfrentamiento violento contra el orden establecido, o bien, en los sectores altos, la acción corporativa en defensa de sus intereses, la corrupción de funcionarios o políticos, el cultivo de la amistad y los negocios con los gobernantes. Ante esta amplia panoplia de formas de participación, el mero ejercicio del voto parece reducido a una dimensión secundaria, "formal", sobre todo en etapas en que el fraude era endémico, como ocurrió hasta 1912, pero aún bajo condiciones más respetuosas del veredicto de las urnas. Por cierto que el poder verdadero no radica sólo en las elecciones, sino en otro orden de cosas, que van desde las antes mencionadas de la organización de intereses, la rebelión, o su contraria la represión y la intervención militar, hasta el simple peso del dinero.

Este aporte temático fue por cierto un paso positivo, aunque no puede decirse que los analistas previos, desde Sarmiento a Germani, lo ignoraran. Pero la investigación avanza a menudo a través de estas puestas selectivas de énfasis en determinadas dimensiones de la realidad. El enfoque que cuestiona a la hipótesis tradicional acerca de la "no participación política de los extranjeros" ha generado una serie de investigaciones concretas que muestran importantes casos de involucración de inmigrantes. Pero demasiado a menudo se ha incurrido en una sobresimplificación de la teoría criticada, convirtiéndola en una especie de *straw man* o caricatura contra la cual es demasiado fácil anotarse tantos. Efectivamente, la teoría que podemos llamar clásica nunca pretendió que los extranjeros no tenían ninguna participación política, o que no tenían opiniones o ideologías, o interés en lo que pasaba en el país político. Incluso fue siempre un lugar común de la historiografía argentina el rol importante de los extranjeros en la formación de los partidos políticos de izquierda, en el sindicalismo, y en el anarquismo.

Para avanzar en este tema del impacto de la masa inmigratoria, es conveniente construir un modelo detallado del sistema político, definido en la forma amplia vista más arriba. Hay que superar el nivel usual de las discusiones que se reducen a demostrar que había -- o no había -- extranjeros en determinadas áreas de actividad política o protopolítica. Al observar con cuidado, en general se descubre que efectivamente había extranjeros, y a veces bastantes, en diversas áreas de ese frente de acción. Aparte de los casos muy conocidos arriba citados, ligados al movimiento obrero, se puede recordar la alta participación italiana en el Grito de Alcorta, así como las investigaciones de Ezequiel Gallo sobre los colonos santafesinos en 1893, o de Hilda Sabato y Ema Cibotti sobre la política boanerense hacia las décadas de 1860 y 1870. La vinculación de los

italianos con el mitrismo es un hecho bien documentado, así como su participación en legiones militares -- algo mercenarias quizás -- en las guerras civiles y en la del Paraguay.<sup>3</sup> Como resultado de estas investigaciones, seguramente va a quedar una imagen más matizada de la intervención extranjera en política que la que se desprende de una interpretación algo esquemática de las tesis germanianas. De lo que se trata, sin embargo, es del monto y forma de esa involucración, y en eso creo que sigue siendo correcto el planteo "clásico" sarmientino-germaniano que señala la muy grave caída de participación que se deriva de la condición extranjera de la mayoría de los miembros de dos de las clases sociales más dinámicas y más protagónicas en un proceso de modernización y democratización paulatina de tipo capitalista.

### Un modelo del sistema político

En cualquier sistema político la participación de la población se da en una gama, un continuo desde lo más pasivo a lo más activo, que constituye una especie de destilación de energías y voluntades. Dentro de esa gama se pueden establecer tres grandes grupos:

(i) Los meros *participantes* son los que votan en elecciones (nacionales o municipales), y los afiliados a partidos políticos, sindicatos, asociaciones mutuales o culturales. El significado de cada uno de estos actos puede ser distinto según el tipo de sociedad. Así, por ejemplo, hoy día en la mayor parte de los países democráticos el hecho de votar -- casi automático, a veces obligatorio -- no significa gran cosa, y quizás no permite clasificar al que lo realiza como "participante"; distinta es la situación, en cambio, en sociedades donde el voto estaba restringido censitariamente, o bien por la condición de extranjero. También, el hecho de ser afiliado a un partido refleja grados diversos de involucración según cuál sea el tipo de organización partidaria, y los requisitos para mantener la afiliación. En la situación argentina del período considerado (1880--1930) para poder calificar a alguien como "participante" esa persona debe haber sido votante, o si no, ser afiliada a algún partido, sindicato, mutual, o asociación cultural. Se trata, claro está, de criterios diversos y algo heterogéneos dada la peculiaridad de la sociedad muy extranjerizada. Aunque normalmente votar es lo menos, y lo más es afiliarse a asociaciones, en la Argentina de aquella época bien podía haber un cierto sector de extranjeros que aunque no votaran, tenían afiliaciones asociacionistas, y en ese caso entrarán en nuestra categoría de "participantes".

(ii) Los *activistas* pueden ser definidos como los individuos que concurren con frecuencia a las reuniones, las asambleas u otras acciones colectivas, o que ejercen cargos de delegados locales o sus equivalentes. Estamos aquí refiriéndonos a una minoría muy marcada de cualquier grupo social, por cierto no más de un 5 ó a lo sumo un 10% del total salvo coyunturas muy especiales, y a menudo bastante menos que esa cifra. Se trata de personas con una motivación interna bastante fuerte (que puede ser más ideológica o más emocional, o aún meramente economicista), lo que las hace vencer barreras culturales o sociales. Debido a ello, en este nivel la condición de extranjero es menos un impedimento -- dada la fuerte motivación existente en este grupo -- que en el nivel de la mera participación. Sin embargo, hay que ver en qué medida el extranjero puede llegar a interesarse en este tipo de actividades, dado su mundo cultural y grupos de referencia. Es más probable para un extranjero llegar al activismo en los ambientes de la acción profesional, sindical, o cultural que en el del partido político, si ve que en éste no tiene muchas perspectivas de trascender dada su ausencia de voto. Claro que si tiene suficiente motivación de activista, seguramente terminará por adquirir la ciudadanía. Es bien probable que ese 2 ó 3% de extranjeros que se

---

<sup>3</sup> Plácido Grela, *El grito de Alcorta* (Rosario: Editorial Tierra Nuestra, 1958); Gallo, *op. cit.*; Hilda Sabato y Ema Cibotti, *Hacer política en Buenos Aires: Los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880* (Buenos Aires: Cisea-Pehesa, 1988); Eduardo José Míguez, "Política, participación y poder: Los inmigrantes en las tierras nuevas de la Provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, No. 6-7, Agosto-Diciembre 1987, pp. 337-379; Carina F. de Silberstein, "Administración y política: Los italianos en Rosario (1860-1890)", *Ibidem*, No. 6-7, pp. 381-390; Fernando Devoto, "Programas y políticas en la primera elite italiana de Buenos Aires, 1852-1880," *Anuario de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Rosario*, Vol. 13, 1988, pp. 371-400; Beatriz Guaragna y Norma Trinchitella, "La revolución de 1880 según la óptica de los periódicos de la colectividad italiana", mimeo, presentado a las *Jornadas sobre Inmigración, Pluralismo e Integración*, Buenos Aires, 1984; Torcuato S. Di Tella, "Argentina: un'Australia italiana? L'impatto dell'immigrazione sul sistema politico argentino", en Bruno Bezza (compilatore), *Gli italiani fuori d'Italia: Gli emigrati italiani nei movimenti operai dei paesi d'adozione, 1880--1940* (Milano: Franco Angeli, 1983), pp. 419-451.

nacionalizaban en la Argentina incluyera desproporcionadamente a este tipo de activistas.

(iii) La *elite política*, grupo mucho más seleccionado aún que el anterior, está formada por quienes ejercen cargos directivos nacionales o regionales, a veces locales, así como por individuos prominentes en sus esferas de actividad, que debido a eso son cooptados o incorporados a los círculos dirigentes de la organización. En este nivel se puede actuar también a través del *lobbying*, los negocios, la presión personal, los vínculos de amistad y de familia. También se puede actuar desde posiciones ya no en asociaciones sino en instituciones "guardianas" como las fuerzas armadas o la Iglesia, o la burocracia estatal. Para los extranjeros la acción en este nivel se da sobre todo en las áreas económicas y profesionales, siéndoles más difícil o imposible la acción en lo político partidario o en esferas como las de las fuerzas armadas (no así la Iglesia).

Para cada sector de la pirámide de estratificación social hay que ver cómo contribuye él a las diversas formas de participación o activismo, en cada una de las áreas (económico-cultural hasta específicamente político-institucional) y según el grado de violencia involucrado. Es preciso analizar, para cada canal de conexión entre estructura social y activismo político, la influencia que puede tener la alta presencia de extranjeros sobre el flujo de personas que circulan entre una y otra casilla conceptual.

La situación para los extranjeros, en cada uno de estos tres niveles (meros participantes, activistas, y elite política) es distinta según el área de que se trate. Hay un primer grupo de áreas de actividad (que hoy llamaríamos "corporativistas"), muy ligadas a la vida diaria y a la defensa de intereses, que les es bastante accesible. En cambio en el área específicamente político partidaria se precisa mucha determinación y vocación, para un extranjero, para superar la barrera de su falta de ciudadanía. También es posible que la situación deba diferenciarse cuando se encuentran contextos de mucha frustración, que llevan a la violencia. En estos casos, en que la gente está más presionada por las circunstancias, independientemente de su ideología, el sentirse más "contra la pared" posiblemente lleva al activismo a sectores normalmente más pasivos, y también a grupos extranjeros, movilizados por una situación límite.

En muchos de los países de donde venían nuestros inmigrantes la participación electoral estaba limitada por exigencias de alfabetismo o de tipo censitario.<sup>4</sup> Pero debe tenerse en cuenta que en ese caso los sectores eliminados de la participación eran los más bajos de la pirámide social. En la Argentina, en cambio, justamente esos grupos tenían en principio el voto, y eran a menudo usados como masa de maniobra por los políticos criollos; mientras que los que no lo tenían eran quienes estaban por encima de ellos: la burguesía y el proletariado calificado. De ahí la *incongruencia* ya antes referida, como característica argentina, entre el peso económico-cultural y el político de ciertas clases sociales, que en cambio no se daba en equivalente medida en Europa<sup>5</sup>.

Como ejemplo tomemos, dentro de la pirámide social, a la burguesía comercial. Y analicemos, de sus varias formas eventuales de actividad política (en el sentido más amplio de la palabra), el que corresponde al nivel del activismo, en el área específicamente político-institucional (o sea, partidaria), y en condiciones no violentas. ¿En qué medida la condición mayoritariamente extranjera de la clase considerada afecta la circulación de individuos hacia el casillero del activismo en partidos políticos? Obsérvese que lo que se busca no es simplemente determinar las simpatías políticas del grupo en cuestión, sino averiguar cómo contribuyen ellos a la existencia del casillero considerado del sistema político. Si resultara que abrumadoramente, para la burguesía comercial, las formas de involucración política privilegian las conexiones financieras, los negocios, las influencias detrás de escenas, y dejan de lado el activismo en los partidos y también el voto, el resultado será algo bien distinto del paradigma europeo de desarrollo de la democracia liberal. No es que debamos dejar de valorar la importancia que en ese paradigma tienen las "connexions" de todo tipo de que tan elocuentemente hablaba Edmund Burke, ni mucho menos dejar de dar su

---

<sup>4</sup> Ver Carlo Ghisalberti, *Storia Costituzionale d'Italia, 1848-1948* (Roma: Laterza, 1984); A. William Salomone, *Italy in the Giolittian Era* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1960; 1a. ed., 1945); José Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900* (Madrid: Alianza Editorial, 1977); Jacques Chastenet, *Histoire de la Troisième République* (Paris: 6 vols., Hachette, 1952-62).

<sup>5</sup> En España se dió desde muy temprano una incongruencia entre el derecho de voto y la capacidad económica y cultural para ejercerlo, como consecuencia de la Constitución gaditana de 1812, una constitución dada en circunstancias de guerra nacional revolucionaria. Ver Josep Fontana, *La crisis del antiguo régimen* (Barcelona: Crítica, 1979).

debido peso a los negocios, la corrupción y la amistad, bases poco brillantes pero sólidas de más de un sistema democrático liberal. Pero la retracción de toda una clase social de ciertas áreas de activismo político partidario no puede menos que dar pies de barro al sistema. Contra esto a veces se arguye que también en los casos de desarrollos más exitosos del régimen democrático liberal, a menudo los empresarios no son los más activos en el frente político partidario, dejando esas tareas en las manos más expertas de los políticos profesionales, los miembros de la aristocracia, o a veces los mismos militares.<sup>6</sup> Esto es en parte cierto, pero hay que analizar el tema en perspectiva comparativa y tratando de cuantificar algo las afirmaciones. Efectivamente, desde ya podemos decir que en ningún caso el flujo de individuos de la esfera privada a la pública será o masivo o nulo. Siempre hay una selección, una circulación bastante restringida, especialmente en todo lo que supere la mera participación pasiva. Los motivos de retracción pueden ser muy diversos, y de ningún modo se limitan a la condición de extranjero. La existencia de regímenes dictatoriales, sean militares y caudillistas como en muchas partes de América Latina, o más tradicionalmente monárquicos autoritarios como en Alemania y otras partes de Europa, son obvios motivos de retracción. Pero siempre habrá minorías que se orientan a la esfera de la acción pública. Lo que se debe estudiar en el caso que aquí nos preocupa, es cómo se daban esos procesos de circulación en la Argentina, cuáles eran los factores de estímulo o retracción, y en qué medida eran afectados por la condición de extranjero.

### *La formación de las actitudes entre los extranjeros*

Los extranjeros estaban sometidos, por supuesto, a presiones sociales y económicas, principalmente ligadas a su pertenencia de clase y condición cultural, que operaban sobre cualquier individuo para determinar sus actitudes políticas. Pero además había algunos factores específicos que actuaban sobre ellos, que complementaban o corregían las determinaciones más generales. Estos factores específicos operantes sobre los extranjeros eran los siguientes:

- (i) el "corrimiento hacia arriba" en el status que ocupaban, que era más alto que el que correspondía a su ubicación ocupacional;
  - (ii) el efecto de "audiencia cautiva" que predisponía, sobre todo en sectores populares y de clase media, a los extranjeros a aceptar el mensaje de ciertos ideólogos provenientes de sus países de origen;
  - (iii) la escasa "deferencia de status" que los extranjeros sentían hacia la clase alta nativa, lo que dificultaba las posibilidades de consolidación de una fuerza política conservadora moderna (aparte de que se pudiera o no votar por ella);
  - (iv) la tendencia a privilegiar la "acción corporativa", dada la poca repercusión que las iniciativas de los extranjeros podían tener en el ámbito electoral, del cual no formaban parte;
  - (v) el aparente "internacionalismo", que en realidad ocultaba un nacionalismo residual de sus países de origen, y que dificultaba las alianzas con otros sectores de la "política criolla".
- Veamos por separado cada uno de estos temas.

#### (i) El "corrimiento hacia arriba" del status.

Dada la valoración étnica que tanto los mismos inmigrantes como la mayor parte de la población local tenían, los extranjeros formaban parte de un sistema de estratificación social algo dual. Ellos sentían, aún siendo pobres, que en el país había bastante gente más abajo que ellos, lo que dificultaba la formación de una conciencia clasista en el proletariado, sumándose al otro efecto, bien conocido y comentado, de la alta movilidad social, lo que es un fenómeno distinto, y que no está necesariamente ligado a la condición extranjera (aunque la pertenencia étnica en más de un caso ayudaba a ascender socialmente, o a evitar el descenso). Obsérvese que en los Estados Unidos este corrimiento hacia arriba no existía para los extranjeros, más bien lo contrario; en

---

<sup>6</sup> Ver Jean Lhomme, *La grande bourgeoisie au pouvoir, 1830-80* (Paris: Presses Universitaires de France, 1960). Para un estudio de la situación más reciente en este campo, ver Michael Useem, "Business and politics in the US and the UK. The origins of heightened political activity of large corporations during the 1970s and early 1980s", *Theory and Society*, vol. 12, No. 3, mayo 1983, pp. 281-308.

Australia tampoco se daba, siendo en ese país la situación lo más parecida (aparte la mayor movilidad social) a la del país de origen, Gran Bretaña.

(ii) La "audiencia cautiva" para los ideólogos extranjeros.

Los extranjeros, en gran medida provenientes de zonas rurales atrasadas, traían una buena dosis de valores tradicionales, familísimos y religiosos. El desarraigo del viaje transatlántico contribuyó mucho a abrirles nuevas perspectivas, a darles una experiencia de movilización social, o sea de ruptura de vínculos verticales, aunque lo más probable es que su carga de tradicionalismo fuera todavía muy alta. Pero al mismo tiempo venía entre ellos una minoría de activistas e ideólogos, en general socialistas, anarquistas o republicanos de izquierda. Para esos activistas sus connacionales constituían una presa relativamente fácil, lo que los estudiosos de la comunicación social llaman una "audiencia cautiva". Efectivamente, la común nacionalidad hacía que esa masa mayoritariamente campesina estuviera más predispuesta a escuchar el mensaje, que lo que hubiera estado en sus aldeas de origen, o que lo que sería el caso si el mensaje lo emitiera un nativo criollo. Es cierto que entre los extranjeros también venían miembros del clero, pero estos eran mucho menos numerosos que los otros, aunque no debe subestimarse su rol en generar, o mantener, un catolicismo popular. Para avanzar en el estudio de este tema es preciso reconstruir las estructuras de influencia y de formación de opinión que estaban en funcionamiento. El resultado de esos mecanismos fue la difusión de actitudes socialistas o de izquierda entre la clase obrera, que sin ser totalmente hegemónicas, estaban bastante en "avance" respecto a lo que se podría haber esperado de un país con el grado de desarrollo industrial de la Argentina. Este fenómeno se daba también en los Estados Unidos, pero ahí los extranjeros sometidos a él eran un porcentaje menor del total de la clase obrera.

(iii) La escasa "deferencia de status" y la debilidad conservadora.

La peculiar posición que tenían los extranjeros en la pirámide social, ya antes aludida, hacía que sintieran bastante poco respeto por las clases altas locales, a cuyos equivalentes en sus países de origen hubieran considerado sus superiores naturales. En la Argentina, por más distinguidos que fueran, eran criollos, y ya eso los ponía en una categoría distinta. Este efecto, aunque presente en todos los niveles de estratificación, estaba particularmente preñando de consecuencias entre las clases medias y empresarias extranjeras. El resultado: debilidad del conservadurismo, que quedaba reducido en la Argentina a las fuerzas estancieriles, incapaces de cooptar en la escala necesaria a la burguesía inmigratoria. Tanto en los Estados Unidos como en Australia, Nueva Zelandia, Canadá y la misma Gran Bretaña, los partidos conservadores (en algunos casos con el nombre de liberales, o nacionales) son muy fuertes, porque cuentan con el apoyo de la mayoría de la clase media, e incluyen orgánicamente a casi toda la clase alta, de cuyo seno extraen numerosos dirigentes, militantes e ideólogos.

(iv) El predominio de la "acción corporativa".

La combinación de los factores ya señalados llevaba a privilegiar la acción corporativa, economicista, o en todo caso cultural, soslayando la actividad directa en partidos políticos. Las potencialidades desestabilizantes de esta pauta son evidentes. Ella no se debía a una mera característica cultural, sino que derivaba muy directamente del predicamento en que se encontraban importantes clases sociales del país moderno. Es cierto que no sólo la situación de los extranjeros, sino también otros factores podrían haber llevado a esta forma de acción corporativa y poco respetuosa de los canales político-partidarios. En algunos países latinoamericanos de menor desarrollo que la Argentina, y con escasa presencia de extranjeros, también se dan a veces pautas corporativistas, y una reticencia de los sectores acomodados a entrar en el juego político. Sería preciso, de todos modos, para poder juzgar comparativamente el fenómeno, ver más exactamente cómo se da en cada caso la involucración política de la burguesía. Aunque no es éste el lugar para hacer una tan larga excursión, se puede señalar que en muchos países latinoamericanos existen fuertes partidos conservadores, lo que es una señal de acción menos corporativista por parte de las

clases altas.<sup>7</sup> Por otro lado, en la clase obrera de esos países a menudo se encuentra una mayor tendencia a la acción política de signo socialista que en la Argentina, lo que también puede ser un reflejo de lo que ocurre en cuanto a ligazones entre el área económico-cultural y la político-partidaria a niveles populares o de baja clase media radicalizada.

(v) El "internacionalismo" y la dificultad de las alianzas.

El internacionalismo es una expresión ideológica muy obviamente ligada a la posición de los extranjeros en el sistema social, y que fácilmente se transmite a sus hijos. En la Argentina, sin embargo, él era más aparente que real: no implicaba un esfuerzo por superar los lazos tribales, sino que más bien reflejaba la persistencia de los que seguían atando a las comunidades a sus países de origen. Toda una masa mayoritaria del país moderno sentía nostalgia e identificaciones positivas fuera de sus fronteras: una situación fascinante para muchos observadores pero difícil de construir con ella una nación. Y la reacción nacionalista no tardó en venir, generando toda esa larga serie de expresiones ideológicas xenófobas y nativistas que son la contracara del extranjerismo de amplios sectores del país. El resultado fue un país dividido en dos mitades culturales, de las cuales una, la criolla, estuvo mucho tiempo tapada, pero con el desarrollo urbano e industrial se vino del campo (o el interior) a la ciudad, y además influyó a las nuevas generaciones de hijos o más bien nietos de inmigrantes, que se iban adaptando a su condición de argentinos. En los Estados Unidos, previsiblemente, ese internacionalismo fue siempre mucho menor que entre nosotros, como resultado del menor peso que tenían los extranjeros en ese país. En cuanto a Australia o Nueva Zelandia, ahí la condición del inmigrante no producía internacionalismo, y la identificación británica fue la pregenitora del espíritu nacional en formación, mera mutación del del viejo país de origen.

### **Raíces del sistema partidario argentino**

Para terminar, vamos a hacer una breve caracterización del sistema político partidario argentino de comienzos de siglo, contrastándolo con los ejemplos -- a menudo dados en aquel entonces -- de Australia y de Europa Occidental, así como con el del más vecino Chile, menos usualmente visualizado pero no por ello menos importante en una estrategia comparativista.

Tomaremos como punto de partida la célebre polémica entre Juan B. Justo y Enrico Ferri, en 1908, con motivo del viaje del político socialista italiano a Buenos Aires. Afirmó Ferri en sus conferencias que en el sistema político argentino faltaba un partido radical serio, pues no se podía tomar como tal al "partido de la Luna" dirigido por Hipólito Yrigoyen. ¿Porqué no se lo podía tomar en serio al radicalismo argentino? Seguramente, por su carácter caudillista, su personalismo, las insondables estrategias del jefe, la falta de planes orgánicos de gobierno, en otras palabras, su pertenencia al área de la "política criolla". En la Europa latina, en cambio, eran fuertes los partidos radicales "orgánicos", basados esos sí en las clases medias productivas, y en algún apoyo obrero calificado (sin por eso debilitar demasiado a los conservadores). También en Gran Bretaña el partido Liberal, bajo el liderazgo de Lloyd George, se orientaba en dirección radical.<sup>8</sup> Había que hacer lo mismo en la Argentina, y Ferri le recomendaba al partido Socialista cumplir ese rol si la Unión Cívica Radical no lo asumía. Porque en un país tan poco industrializado como la Argentina no se podía pensar en un partido genuinamente obrero y socialista.

Pero analicemos un poco más en detalle este argumento. ¿Cómo podría ser posible formar

---

<sup>7</sup> Ver R. Albert Berry, Ronald G. Hellman y Mauricio Solaún (comps.), *Politics of Compromise: Coalition Government in Colombia* (New Brunswick, N.J.: Transaction Books, 1980); Howard R. Penniman, *Venezuela at the Polls: The National Elections of 1978* (Washington: American Enterprise Institute, 1980); Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile* (México: Fondo de Cultura Económica, 1946); René León Echaiz, *Evolución histórica de los partidos políticos chilenos* (Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1971; 1a. ed., 1939); Bolívar Lamounier y Fernando Henrique Cardoso (comps.), *Os partidos e as eleições no Brasil* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 2a. ed., 1978).

<sup>8</sup> Octavio Ruiz Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908--1936* (Madrid: Ediciones Giner, 1976); Ernest Lemonon, *De Cavour a Mussolini (Histoire des partis politiques italiens)* (París: Editions A. Pedone, 1938); H. V. Emy, *Liberals, Radicals and Social Politics, 1892-1914* (Cambridge: University Press, 1973); Kenneth Morgan, *The Age of Lloyd George: The Liberal Party and British Politics, 1890-1929* (Londres: Allen and Unwin, 1975).



en la Argentina un partido moderno -- radical o radical-socialista -- si el país electoral no era moderno? Justamente los que votaban, debido al tipo de trabajo que realizaban y a las condiciones sociales en que vivían, no podían menos que tener una expresión política congruente con esas características. El país moderno -- relativamente hablando -- era el de los extranjeros, no porque éstos trayeran la modernidad consigo, sino porque ellos ocupaban los lugares de trabajo y los entornos sociales productores de ese tipo de mentalidad. Si los extranjeros hubieran participado en política de manera "normal" (o sea, como si no fueran extranjeros) seguramente hubieran creado las condiciones para la existencia de un partido radical a la europea, o incluso de uno liberal, igualmente a la europea. Armar un partido a la europea no tiene nada de malo, sobre todo en un país que hubiera sido realmente muy parecido a Europa.

Justamente, en Australia había un partido Liberal, que con el tiempo fue englobando cada vez más a las clases medias y a la burguesía, y se transformó en el principal partido de la derecha.<sup>9</sup> El ejemplo australiano era muy tenido en cuenta en aquel entonces en la Argentina, porque eran obvios los parecidos, y porque el partido Laborista estaba ya muy cercano a ejercer el poder a nivel nacional. Ferri hizo una referencia lateral a este hecho, diciendo que lo que había en Australia, bajo el nombre de laborismo, era realmente un partido radical, no socialista, debido a lo limitado de su ideología y su programa. En realidad se equivocaba, porque el laborismo, aunque moderado en sus objetivos, tenía como columna vertebral a un combativo sindicalismo, y por lo tanto era un animal político bien distinto a los radicalismos europeos, enraizados en la clase media, con relativamente pocos (aunque no inexistentes) vínculos sindicales. Pero antes Ferri había dicho, usando una variante de la teoría marxista acerca del desarrollo de los partidos de la clase obrera, que en condiciones de escaso desarrollo industrial (como en Australia o Argentina) difícilmente pudiera haber partidos fuertes de clase obrera. Ocurre que esa hipótesis es correcta sólo de manera muy aproximada. Aún con poca industria, si hay una fuerte urbanización, escasez de mano de obra, y alta movilización social inducida por la migración transoceánica, se dan condiciones para la formación de sindicatos fuertes, y también de partidos obreros con alguna versión de la ideología socialista. Este era el caso, precisamente, de Australia, Nueva Zelanda, y la Argentina, que debido a eso podían estar algo en avance respecto a los países europeos mediterráneos. Pero en la Argentina esa clase obrera tendía más, ya desde entonces, a la acción corporativista que a la política partidaria.

De hecho, el partido Socialista argentino, aunque todavía débil cuando Ferri nos visitó en 1908, pronto evidenciaría, al amparo de la Ley Sáenz Peña, que podía reunir fuertes contingentes de votos, al menos en la Capital, con perspectivas de irse extendiendo gradualmente al resto del país. Esta extensión no se dio más que marginalmente, mientras que en Australia y Nueva Zelanda el laborismo cuajó y pervive hasta el día de hoy como ocupante casi exclusivo de uno de los dos hemisferios de la política. ¿Los motivos de la diferencia? Sería cómodo echarle la culpa -- una vez más -- a Juan B. Justo, su reformismo, su fascinación con el librecambio y la "democracia formal". Pero ocurre que todas esas lacras afeaban también al laborismo australiano, sin conseguir matarlo, ni siquiera herirlo.

Veamos: ¿cuál era el país electoral al que el partido Socialista podía dirigirse a comienzos de siglo? Era un país sin burgueses y sin obreros, o casi. Que no existieran burgueses no importaba para los socialistas, aunque podía ser grave para la derecha o los radicales. Que no hubiera, o que hubiera muy pocos obreros en el registro electoral era en cambio gravísimo. Es casi un milagro que un partido autodefinido como socialista, y con componentes bastante radicalizados en su seno, obtuviera las fuertes votaciones que consiguió en la Capital ya desde 1912 y 1913. Los lazos orgánicos con la clase obrera sindicalizada (extranjera) inevitablemente se debilitaban, ante el peso excesivo que tenía la rama política, debido al tipo de electorado (nativo, pero en buena parte de clase media) que había que convencer para ganar elecciones. Si los extranjeros hubieran votado, o sea si hubieran tomado la ciudadanía, es casi seguro que el partido Socialista se hubiera extendido mucho más, al menos en el país moderno, lo que le hubiera dado un mayor arraigo que el que tuvo. Aún le hubiera quedado, en ese caso, el problema de cómo trascender al otro sector, "criollo", del país. Pero dadas las cosas como estaban, mismo en el país moderno le era difícil echar sólidas raíces, porque su electorado potencial, su caudal de simpatizantes, no tenía acceso a las urnas, que

---

<sup>9</sup> Gordon Greenwood (ed.), *Australia: A Social and Political History* (Sidney: Angus and Robertson, 1955); Keith Sinclair, *A History of New Zealand* (Londres: Penguin, 1980; 1a. ed., 1959).

constituyen si no el todo, al menos una parte muy central del esquema de poder en un país semidemocrático y semiliberal como la Argentina de aquel entonces.

¿Qué hubiera pasado si en la Argentina hubiera habido muchísimos menos inmigrantes y, con una dotación de recursos económicos parecida a la que tuvo, su población hubiera sido casi completamente nativa? En realidad, hay sólo que mirar al otro lado de la cordillera para ver la más cercana aproximación a ese espejismo. Chile se parece a la Argentina y a Uruguay (y a la Europa mediterránea de aquel entonces) por su economía agropecuaria de clima templado, y su ausencia de experiencias de esclavitud, o de conquista y superposición étnica como en los países andinos. Y como nunca tuvo excesivo número de extranjeros, terminó por parecerse más a Europa que la Argentina o Uruguay. Es que estos dos países, justamente por tener en su seno demasiados extranjeros, se diferencian radicalmente del modelo trasatlántico: en Europa no hay europeos, hay italianos, franceses, alemanes. Dicho de otra manera: en los países europeos, igual que en Chile, había muy pocos extranjeros, mientras que la Argentina, por su gran cantidad de extranjeros, entraba en otra categoría, era un país menos "europeo" que Chile. El resultado fue que el sistema político chileno era (y es) mucho más parecido al europeo que el argentino o el uruguayo.

En Chile había un partido Radical que era más parecido a los europeos: no tenía un líder populista o enigmático como Yrigoyen, tenía componentes laicistas importantes (a diferencia del argentino), y estaba dispuesto a entrar en arreglos con los demás partidos para compartir el gobierno, criterio esencial para Ferri de madurez política. Nunca había necesitado pasar por una larga etapa de abstención revolucionaria para acceder a las urnas. El tipo de arreglo que intentó en la Argentina Luis Sáenz Peña trayendo al gobierno a Aristóbulo del Valle (líder radical moderado) en 1893 fracasó, pero estaba a la orden del día en Chile, donde constituyó la vía maestra hacia la apertura del sistema.<sup>10</sup> Había además un partido conservador y otro liberal muy capaces de conseguir votos (algunos comprados) y que siguieron teniendo gran vitalidad, después de fusionarse, hasta la actualidad. En la izquierda, en 1908 todavía no existía un partido Socialista significativo, aunque pronto se lo formó, con vínculos orgánicos fuertes con la clase obrera organizada, y capacidad de penetración en las más diversas zonas geográficas del país, desde las salitreras del norte a las minas de carbón del área de Concepción y las estancias laneras de la Australia chilena.<sup>11</sup> Es que el país era más homogéneo culturalmente, no existía el abismo que separaba en la Argentina a regiones enteras, dominadas por los extranjeros, de las que tenían predominio nativo. Claro está que los extranjeros que había en Chile (un 4% hacia 1910) también ocupaban, como en la Argentina, una posición en el espacio social más alta que lo que sus ocupaciones justificaban. Pero eran tan pocos que tenían escaso efecto sobre el panorama político. El país político-electoral y el país real eran más congruentes. En Chile los analfabetos no votaban, pero eso justamente contribuía a la congruencia, pues eliminaba del electorado a quienes tenían una muy baja ubicación en la pirámide social (y no a quienes ocupaban posiciones bien altas, como en la Argentina).

Volviendo ahora a este país, es preciso hacer un par de comentarios sobre el radicalismo. A veces se piensa que éste fue -- o es -- nuestro equivalente de un partido liberal burgués, y que los hijos de los inmigrantes que habían llegado a la condición de clase media fueron su principal electorado. Esto último a la larga fue cierto, pero eso no permite pasar por alto la fuerte diferencia entre un partido liberal o radical a la europea, y la Unión Cívica Radical. Así como el partido Socialista no podía ligarse orgánicamente con la clase obrera y sus sindicatos, el radicalismo se veía privado del voto de los sectores más sólidos de la burguesía y la clase media empresarial, lo que lo dejaba en manos de la clase media nativa o sectores marginales de la burguesía o aristocracia provincianas.<sup>12</sup> Una vez más, incongruencia y falta de vinculación estrecha entre clase y partido, en

---

<sup>10</sup> Peter Snow, *El radicalismo chileno* (Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1972); Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demolidor* (México: Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1952); Julio Heise González, *Ciento cincuenta años de evolución constitucional* (Santiago: Andrés Bello, 1960), y del mismo, *El período parlamentario, 1891-1925* (Santiago: Editorial Universitaria, 1982).

<sup>11</sup> Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952* (Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1978); Benny Pollack, "The Chilean Socialist Party: prolegomena to its ideology and organization," *Journal of Latin American Studies*, vol. 10, No. 1, 1978, pp. 117-152.

contraste con Chile.

En cuanto a la derecha, ya se dijo que ella tampoco podía establecer conexiones orgánicas suficientemente fuertes con la burguesía, el sector más modernizado y dinámico de las clases dominantes del país. El resultado fue un constante zigzaguo entre intentar controlar el país apoyándose en el extraño electorado que le quedaba, o volcarse directamente al golpismo militar.

No es mi objeto seguir describiendo el sistema político argentino de la época bajo análisis, ni mucho menos rastrear sus transformaciones en el tiempo, hasta llegar incluso a la crisis de la segunda guerra mundial, de la que emergió el peronismo. Creo sin embargo que algunas de las características señaladas siguieron expresándose hasta esa época y aún después, porque las actitudes y formas de actuar que se generan en un período particularmente creativo y largo de la vida de un país tienden a prolongarse por un par de generaciones. La tendencia a la acción corporativa, extendida a amplias capas de la población, y la facilidad con que sectores de la derecha apoyan a los golpes militares, tienen sus raíces en la peculiar forma en que se dio en la Argentina la transición hacia la modernidad. Por lo mismo, es de esperar que el tiempo, y la percepción de los terribles efectos producidos, hagan cambiar en el futuro estas características.

---

<sup>12</sup> Ricardo Caballero, *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905* (Buenos Aires: Libros de Hispanoamérica, 1975); Roberto Etchepareborda, *Tres revoluciones: 1890, 1893, 1905* (Buenos Aires: Pleamar, 1968); David Rock, *El radicalismo argentino: 1890--1930* (Buenos Aires: Amorrortu, 1977).